

## ORACION FAMILIAR A LOS ALUMNOS

Señores alumnos del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Con todas las veras de mi alma deploro en este instante que el tráfago del diario vivir y la muchedumbre de ocupaciones inherentes a ciertos cargos oficiales que al presente gravitan sobre mí, y que despóticamente me embargan por entero el tiempo y la atención, me hayan impedido contribuir, en la medida de mis deseos y en proporción a los merecimientos del festejado, con algo menos indigno de lo que aquí traigo.

Bien es verdad que en estas fiestas familiares y en estos íntimos esparcimientos no se avaloran las ofrendas por lo que en el vulgar lenguaje del mercantilismo se suele apellidar *valor intrínseco*, sino que felizmente prevalece aquel otro valor que nuestro Código Civil denomina *de afecto*, y según el cual ciertos bienes y dones se reputan solamente por el cariño que en ellos se incorpora. En los torneos del sentimiento más se aprecia el manojo de florecillas silvestres y olorosas, recogidas penosamente en la montaña, y que colocadas en modesto búcaro embalsaman el ambiente del comedor en un día de tornaboda, como prenda de arraigada estimación y de cristiano afecto, que la esplendente y rica joya que en tales ocasiones llega a lucir sobre el pecho de la esposa y que no logra aplacar los rencores que alborotan el corazón que allí se esconde, cuando han sido generados por el desamor y la falsía.

Tradicional ha sido en nuestros colegios de la capital colombiana la costumbre de celebrar con agasajos de orden intelectual como el presente, el aniversario del natalicio o el día onomástico de sus rectores, y es aquesta una hermosa manifestación de la gratitud y del afecto que para sus maestros guardan los juveniles pechos, siempre generosos y efusivos, libres de toda sombra de egoísmo, exentos de toda baja y mezquindad. Pero tales manifestacio-

nes han revestido siempre carácter excepcional en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, como de ello puedo daros testimonio por lo que presencié cuando regían este venerando instituto dos egregios y doctos varones, que tantas generaciones de estudiantes enderezaron por el sendero de la virtud y del saber, y cuya memoria se encuentra aprisionada en la raigambre del corazón de los que tuvimos la fortuna de escuchar sus lecciones. Me refiero a don Carlos Martínez Silva y a don José Manuel Marroquín.

Débase esto, sin duda, a la índole que han dado al Colegio sus constituciones y a la naturaleza de las enseñanzas que en él se dictan. Se propuso su sabio fundador los tres grandes objetos que deben perseguirse en la formación de la juventud, o sea: difundir la ciencia, morigerar las costumbres e inculcar la religión. Se atiende aquí al cultivo y desarrollo de las inteligencias de los alumnos, exornándolas con todos los conocimientos de que son capaces en aquel período de la vida humana, y a la par se aplican los maestros a rectificar los sentimientos y regular los corazones con principios de honor y probidad, que habrán de hacer de sus discípulos cumplidos ciudadanos cuando les llegue el momento de ingresar en la vida pública.

Pero esta tarea docente alcanza la cúspide de la perfección con el empeño que en el curso de toda ella se pone para formar de cada alumno del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario un cristiano verdadero; y es la caridad cristiana la que nos permite contemplar en este instituto, entre alumnos y maestros, entre superiores e inferiores y entre los alumnos mismos, lazos paternos, filiales y fraternales, tan firmes y tan estrechos como los que anuda la misma naturaleza. Tal parece que fray Cristóbal de Torres hubiera querido realizar en este colegio el bello ideal que acerca de la educación de la juventud había formulado con toda exactitud, cien años antes, un sabio y

poderoso rey de Francia, cuando dijo: "La felicidad de los reinos y los pueblos, y sobre todo, la salvación de las repúblicas cristianas, penden de la acertada educación de la juventud, tarea que tiene por objeto cultivar y pulir, mediante el estudio de las ciencias, el ánimo tosco y rudo de los hombres primitivos; que se propone prepararlos para llenar dignamente los puestos que en la sociedad les están destinados, y sin lo cual vendrían a ser no sólo inútiles sino nocivos para la república; pero que, sobre todo, está llamada a inculcarles el amor a Dios, y con él la inviolable adhesión a la familia y a la patria y el respeto y la obediencia debida a gobernantes y magistrados."

Sin embargo, la espontaneidad de estas fiestas onomásticas, el regocijo y cordialidad que en ellas se advierten desde que a la cabeza del Colegio del Rosario se encuentra el doctor Rafael María Carrasquilla, sobrepujan a todo cuanto en las pasadas épocas habíamos presenciado los antiguos alumnos del Rosario, lo cual nos está demostrando que a los naturales efectos de las enseñanzas que en él se dictan hay que añadir algo que exclusivamente pertenece a la persona del actual rector. No es posible admitir que las ya numerosas generaciones que han pasado por estos claustros desde que éste los gobierna, hayan sido impulsadas por el capricho o por ráfagas de efímero entusiasmo. Esas generaciones, lo mismo que la que al presente constituís vosotros, han obedecido a un instinto poderoso e irresistible, como el que, según habréis tenido ocasión de verlo, lleva al tierno infante a buscarse un nido en el regazo materno y a cubrir de ruidosos y delirantes besos el rostro de la que le llevó en sus entrañas, sin que sus cortos años le permitan explicar la causa ni el motivo de sus filiales arrebatos, ni alcance siquiera él mismo a comprenderlos; lo cual sólo consigue cuando el correr de los años lo ha adoctrinado sobre las alegrías y sinsabores que la vida guarda. Sólo entonces puede apreeiar lo mucho que debe a los autores de sus días, quizás ay! demasiado tarde, por-

que una losa sepulcral lo separa ya de ellos, y no le resta otro recurso para expresar sus sentimientos que aquellas preces que, con las alas de paloma que les prestó el poeta, suben a la morada del Supremo Sér en demanda de misericordia y de perdón.

Por eso vengo a daros la clave de ese impulso irresistible que humilla vuestros entendimientos y liga vuestras voluntades al rector de este Colegio, como vosotros podríais dársela al infante acerca del arrebato que lo lleva hacia su madre, y que él no alcanza a explicarse por ignorancia de la vida material. Pues bien, si le amáis y festejáis en ese grado, es porque el instinto os está diciendo que es vuestro genitor intelectual, sin que vosotros alcancéis todavía a comprender todo lo que vale esa vida intelectual que os está dando, que os conserva y alimenta. Y no alcanzáis a comprenderlo porque apenas os iniciáis en ella.

Somos aquellos que ya os precedemos muy de lejos en la terrenal carrera y hemos recibido de otros preceptores la vida del espíritu, los que podemos deciros lo que para vosotros vale y significa tener a la cabeza, encargado de vuestra dirección, un maestro que por modo armónico y perfecto reúne y compendia las dotes esenciales para el gobierno y dirección de la juventud, como que a su vasta ilustración y ciencia, a su austera virtud añade la feliz circunstancia de ser ministro de la Religión revelada.

Podéis, y con justicia, enorgulleceros de tal padre intelectual que el favor divino os ha otorgado para complementar la existencia material que os dieron vuestros padres de la carne; que alimenta y robustece vuestro espíritu con las sublimes verdades que la ciencia suministra; que disipa las tinieblas del error y la ignorancia, y que con ello os procura no solamente medios de asegurar vuestro sustento en la batalla que habréis de librar una vez salidos de los claustros, sino que también os concede en esa ciencia un panal de miel hiblea con que endulzar las amar-

guras del trabajo diario, y un refugio contra la ociosidad, generadora de los vicios, porque, como dice Séneca, *otium sine litteris mors est, et hominis vivi sepultura*.

Pero si la instrucción que a manos llenas os dispensa vale mucho, porque nutre vuestros entendimientos con la verdad, pasto del espíritu, más, mucho más, vale la virtud que infunde en vuestros corazones, como que es ella la que realza y avalora las demás cualidades del hombre y lo vuelve apto para labrar su propia felicidad y la de sus semejantes. Con ella os inspira el amor a la sólida gloria; con ella os inculca el culto de la patria; os prescribe anteponer a toda otra cosa el deber; a no estimar sino lo recto y lo justo; a no buscar sino el testimonio de la propia conciencia y el aplauso de los hombres de bien, despreciando las murmuraciones y habillitas de perversos y envidiosos; a detestar el vicio y el error.

Esa virtud, basada en la moral cristiana que él os predica, os convertirá en hombres verdaderamente libres, porque os pondrá por encima de lisonjas y amenazas, y os hará superiores a la desgracia misma; porque os dará fuerzas para resistir a la injusticia y a la iniquidad, por pujantes y avasalladoras que parezcan; porque os acostumbra a no temer sino a Dios, y a no acatar sino sus leyes, sin que os aparten de vuestra ruta los atropellos y juicios apasionados de los hombres, los que desaparecen y se van *sicut nubes, velut umbra*.

Ved, pues, si hay motivos bastantes para que ese instintivo afecto que profesáis a vuestro rector se convierta en amor reflexivo y perdurable, y para que sigáis haciendo gala de él en un día como éste.

Y es que él no se contenta con predicaros la virtud con las palabras, sino que también se esmera en persuadérosela con el ejemplo. ¿Cuándo por cualquier motivo habéis tenido que visitar la casa de vuestro rector, no os ha acontecido como a mí, al penetrar en su modesto salón de recibo, provisto de sencillo mueblaje y de cuyas paredes cuelgan

las imágenes del Divino Redentor y de la Virgen sin man-  
cilla, los retratos de ilustres progenitores, así como las ar-  
mas que éstos esgrimieron en defensa de la patria colombi-  
ana, y los diplomas que acreditan la idoneidad científica  
y literaria del descendiente de tan esclarecidos varones;  
cuando holláis aquel piso cubierto de pleitas de humildísi-  
mo esparto y respiráis aquel ambiente saturado de místico  
incienso, no os ha acontecido como a mí, repito, creer que  
penetráis en un templo destinado a rendir culto a la reli-  
gión y a la patria, a la familia y a la ciencia? ¿No habéis  
sentido la inutilidad y la miseria de las riquezas terrena-  
les? ¿No habéis tenido la intuición de que oficia en aquel  
templo un pontífice digno de su elevado encargo?

MIGUEL ABADIA MENDEZ

Octubre 23 de 1912.

## LOS CONQUISTADORES

*Al señor Alfonso Robledo*

Llegaron anhelosos de feroces contiendas  
Un puñado de hidalgos en recogidas huestes,  
Y sintiéndose grandes construyeron sus tiendas  
Como nidos de cóndores en las cimas agrestes.

Vinieron en solemnes caravanas triunfantes  
Viajeros extraviados de países risueños,  
Que llevaban, altivos, los pechos anhelantes  
De fatigas y luchas y esperanzas y ensueños.

Varones indomables, batalladores rudos,  
En cuyas limpias manos tuvo más luz la espada;  
Fieros, caballerescos, de prístinos escudos,  
Como el de don Gonzalo Jiménez de Quesada.